

ATTICUS LISH
Preparación
para la próxima vida

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

narraativa



PREPARACIÓN PARA LA PRÓXIMA VIDA

Zou Lei es una inmigrante ilegal musulmana de origen chino -de la etnia uigur- que ha entrado en los Estados Unidos por la frontera mexicana y que, intentando abrirse camino, malvive aceptando trabajos precarios e inhumanos, con el miedo constante a que las autoridades la descubran y la expulsen del país.

Brad Skinner es un excombatiente de la guerra de Irak que vuelve a su país arrastrando consigo todos los demonios del conflicto. Es un hombre roto a quien el horror y la violencia han marcado profundamente, y cuyas graves secuelas lo incapacitan para llevar una vida normal y amoldarse a esa otra locura consensuada que llamamos sociedad.

Zou Lei y Skinner se conocerán en mitad de sus respectivos naufragios, en el corazón del caos urbano que amenaza con devorarlos y los condena a existir en los márgenes. Su amor será otra forma de la necesidad, el último clavo ardiendo. Una estrategia de resistencia. La promesa de un horizonte y de un sentido en mitad de la desorientación, el vacío y el desamparo, la posibilidad de ternura en un entorno inhóspito e implacable, pero también una desesperada huida hacia delante ante la inevitable cuenta atrás. Mientras Zou Lei, con sus limitadísimos recursos, intenta encontrar el modo de normalizar su situación en el país, Skinner, siempre a un paso de la locura, luchará para que las

sombras que lo asedian no lo arrastren definitivamente. ¿Existe en este mundo un futuro para am-bos?

Con esta primera novela descarnada y conmovedora, Atticus Lish, hijo del legendario editor y escritor Gordon Lish, sorprendió a propios y a extraños. Sin buscar ni el consejo ni la ayuda de su reputado padre, el autor publicó *Preparación para la próxima vida* en Tyrant Books, una pequeña editorial independiente de Nueva York, y se convirtió en uno de los fenómenos literarios del año, ganando, entre otros muchos premios, el PEN Faulkner Award.

'Preparación para la próxima vida puede que no sólo sea la mejor novela que haya leído este año, sino la mejor novela que haya leído jamás'.

Publishers Weekly

'La historia de amor más delicada y realista de esta década'.

The New York Times

Título Original: *Preparation for the Next Life*

Traductor: Palmer, Magdalena

©2014, Lish, Atticus

©2016, Sexto Piso España, S. L.

ISBN: 9788416677153

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 22/01/2017

Atticus Lish

Preparación para la próxima vida

TRADUCCIÓN de Magdalena Palmer

Título original Preparation for the Next Life

Copyright © 2014 by Atticus Lish

Primera edición: 2016

Traducción © Magdalena Palmer

Imagen de portada © Münster Studio

Sexto Piso España, S. L.

ISBN: 978-84-16677-15-3

Depósito legal: M-29354-2016

Dedicatoria

Para Beth En esta Vida y en la Próxima

PRIMERA PARTE

Capítulo

1

LLEGÓ desde Archer, Bridgeport, Nanuet; trabajaba en las inmediaciones de la 1-95. Vestida con cazadora y pantalón vaqueros, con una bolsa de plástico, unas chanclas y un número de teléfono en la mano, esperó bajo un paso elevado, mareada, pues llevaba horas sin probar bocado.

La recogieron en la autopista, junto a un sencillo cobertizo blanco con un cartel del Ejército y neumáticos colgados de los árboles. Paró un Caravan con un rey Mono en el salpicadero y ella se subió. Los hombres la llevaron a un motel y la dejaron en una habitación con seis mujeres de Fujian y un litro de refresco. Pasó la noche escuchando los camiones que llegaban y el rumor del aire acondicionado.

Le dieron una camisa con una insignia y una visera que olía a grasa antigua. Todos le dijeron: Tienes que ser rápida porque jefe te vigila. Nadie hablaba el mismo dialecto, por lo que se comunicaban en inglés. El primer día de trabajo, sus gastadas zapatillas de deporte resbalaron en la grasa. Se le cayó un pedido, los fideos se desparramaron como gusanos y esa noche se acostó de cara a la pared, parpadeando, con la mandíbula apretada.

Los estadounidenses aparcaban sus camionetas delante del restaurante y las dejaban chascando al sol. Entraban despacio y en silencio, vestidos con camisetas de tirantes y pañuelos en la cabeza. Se acodaban en la barra, señalaban la carta con un dedo grueso y decían: Este de aquí. Los ne-

gros llevaban en la mano lo que pensaban gastar, el fajo de billetes y las monedas.

¿Me llega para las alas de pollo? Pues ya me dirás qué puedo comer con esto.

Ella sabía decir okey. Cuando le señalaban un plato en la carta, lo entendía. En Nanuet siempre querían el bufet libre. Eso lo comprendía. Quiero más de eso. Okey. Sabía apresurarse para servir más rápido, trabajar porque tocaba, trabajar catorce horas diarias durante diez u once días seguidos hasta que llegaba el día para fumar, como lo llamaba el jefe, porque eso era mejor que rebuscar entre la basura de los arrozales, al sur del río.

En el motel, siempre tenían el televisor encendido para practicar inglés. Se sentaban en cuclillas sobre la alfombra y movían la boca bajo la luz azulada mientras contemplaban pasillos de supermercados y automóviles veloces. Increíble, decían por la tele. Este martes en la Fox. Un día nefasto en Irak. Veía soldados embozados y antenas de radio que pasaban raudos ante casas de adobe por un desierto muy similar a aquel donde había vivido.

Camello, señalaba ella. El animal, es muy bueno.

Inglés demasiado difícil, decían las otras. Imposible. Cabeza demasiado dura.

Alguien bostezó.

Hay que practicar sin fin.

De noche, cuando acababan de trabajar, cruzaban el aparcamiento hasta el único coche que seguía allí, el Caravan que esperaba para llevarlas de vuelta al motel. Entregaban al hombre su ración de comida, que él dejaba sobre unos periódicos abiertos por las páginas de Hong Kong. Durante el trayecto, ella contemplaba las prolongadas llanuras de la noche, las negras zonas boscosas, la carretera y el cielo de pizarra. El hombre tenía una cadena de oro y permiso de trabajo, y conducía con las luces apagadas, atento a la policía.

Las mujeres procedían de diferentes aldeas: Empezar a celebrar, Cuatro Encuentros, Montaña Unida y Honradez

Admirada. Ella les dijo que venía del sur del río.

Pero eres de otro sitio, le dijeron.

Soy china, como vosotras.

No lo pareces.

A la luz del sol, se veía que el cabello de Zou Lei no era negro, sino castaño. Y ligeramente ondulado. Tenía la nariz un poco aguileña y ojos siberianos.

Nuestra China es un país grande, decía ella.

Hablas como la gente del norte.

Noroeste.

Esa es de las minorías, dijo una de las mujeres.

Podéis enseñarme vuestra lengua.

Eso es absurdo. Hablamos banca del pueblo, arroyo tranquilo, lago plácido, sur tortuoso, reja de algodón, zhangpu, convergencia de paz, swatow, serenidad común, prominencia, samyap, jungcan, amplia paz, tres condados, dialecto similar al de la familia Zhangy cien más. ¿Cuál te enseñamos?

Zou Lei reflexionó unos instantes. Entonces decidme cómo se dice el cielo es alto. Sonrió y señaló el sucio techo. El cielo es alto y ancha es la tierra.

Algunas asintieron, otras sonrieron y mostraron sus estropeadas dentaduras. Es cierto, es cierto, coincidieron, y una de las mujeres suspiró.

Pero lo que en realidad aprendió fue a tomar nota de los platos. Las galletas de la fortuna estaban en una caja, debajo del calendario del año de la cabra y el pequeño altar de plástico. Las servilletas, las pajitas y los palillos se guardaban juntos en el estante. Dale a todos tenedor de plástico, digan que digan. Cuando un cliente entra, tú preguntas: ¿Qué va comer? Luego gritas pedido detrás: pollo-broc, ternera-broc, ternera-guisante, triple vapor, así, para ir más rápido.

Nadie tuvo que enseñarle a fregar el suelo, ni a sacar la basura, ni a preparar grandes bolsas de verduras cortándoles la parte que no se comía. Vieron que era muy trabajado-

ra. Casi todo lo que hacían era algo que ella ya sabía hacer. Lavaba la ropa agachada junto a la bañera, la escurría con sus manos agrietadas, rurales y amoratadas, y la tendía en la barra de la cortina con las prendas de las demás, los mojados vaqueros con lentejuelas y los desvaídos personajes de cómic de las camisetas.

En el mostrador, colocaba un cartón en el fondo de una bolsa, grapaba los bordes del envase de porexpán, y metía el envase en la bolsa, encima del cartón. Luego amontonaba los otros envases sobre el primero, separados por cartones. Después grapaba una carta con el menú y entregaba el pedido a un chico flaco y rubio, de pelo largo, siempre tocado con una gorra roja de béisbol. Un día, mientras se llevaba un pedido, él le comentó: Estás mejorando mucho, te he cronometrado.

El jefe dijo que las mujeres necesitaban que alguien supervisara su bienestar, una hermana mayor que lo mantuviese informado. El jefe también les hizo memorizar una frase, «No es cuestión de tiempo, sino de dinero», que él quería que repitiesen mil veces al día, tan rápido como pudieran.

¿Qué significa?, preguntó Zou Lei.

No significa. No se sabe el significado.

Una de las mujeres tenía problemas mentales. Pasaba mucho tiempo callada y luego decía que la policía la había obligado a abortar en Guangxi.

Cuando empezó el frío, algunas dormían juntas. Dejaban la ropa mojada colgando en la ducha y se agazapaban delante del calefactor, enfermas, tosiendo y escupiendo en la papelera.

En la tele veían chicas que hacían surf, conducían camiones, boxeaban y corrían maratones. Cuando llegaba la furgoneta del reparto, ella corría fuera y se cargaba los sacos de arroz al hombro. Las mujeres lo desaprobaban, decían: Deja que hagan eso los hombres, el cocinero y su primo. No le lamas culo al jefe. Zou Lei respondía que le gustaba mover las piernas. Por la noche hacía abdominales.

Cogía un periódico de la furgoneta y leía los clasificados para buscar trabajo en otros estados.

Se marchó a Riverhead y trabajó allí el resto del invierno, alojada en La Quinta con un grupo de mujeres que hablaban tres luces y mandarín rural. Tenían un hornillo, que compartían.

América es un buen país, dijo una anciana. Cruzamos el océano en una barca pesquera. La policía marítima nos descubrió y nos encerró en una isla cerca de San Francisco. Casi muero en el viaje, y eso fue lo que me salvó. Tuve suerte. A los otros los obligaron a volver a casa, pero yo no volví. Mi primo solicitó asilo. A algunas de estas hermanas ya las han deportado una vez. Ahora vuelven, una vez se convierte en dos, dos entres. Van a la península de Yucatán, cruzan la frontera de Arizona. Ahora es muy difícil, sí. Aquello es el desierto, no es para nosotras, que somos un pueblo de río. La lengua de mi aldea es mijo de agua. Estamos a cincuenta kilómetros de Campo Ancestral y allí no entienden ni una palabra de lo que decimos.

Estuvo un año en Archer y seis meses en Riverhead. Había acabado la epidemia de gripe porcina y las noticias hablaban de la guerra contra el terrorismo y las dificultades para conseguir permisos de trabajo. Zou Lei pasó la página y vio una fotografía en blanco y negro de un prisionero desnudo, tumbado en el suelo, con un saco de arena encima de la cabeza. Pasó otra página y estudió las palabras: construcción, modista, restaurante, belleza, remuneración según aptitudes.

Fue a Nanuet y le dieron otra camisa con una insignia y otra visera. Las mujeres vivían en una caravana apoyada en bloques de hormigón sobre un lecho de agujas de pino y tendían la colada en una cuerda. En su día para fumar, fue hasta el centro comercial corriendo a lo largo de la autopista; saltó el guardarraíl y miró en los escaparates las zapatillas deportivas «Made in China».

El jefe llevaba un brazalete de jade y conducía una sucia furgoneta Astro. Le dijo que la lavara en la parte de atrás,

donde había una zona de carga y descarga, contenedores de basura, una valla y luego el bosque. Mientras la manguera chorreaba, Zou Lei miró más allá de los contenedores y se imaginó corriendo entre los árboles.

El año siguiente, en otro estado, vivió en una habitación de motel con ocho mujeres que hablaban en código, incluso en su propio dialecto. Cuando ella les preguntó de qué aldea eran, una respondió: Árbol de Canela. Las otras se volvieron hacia la mujer que había hablado y la regañaron: ¿Qué haces contando secretos a una forastera?

Tenían una hermana mayor llamada Sophia que decidía cuándo podían ver la televisión. No se les permitía abrir la puerta si alguien llamaba, a menos que Sophia estuviera allí y les diese permiso.

Finalmente, Zou Lei comprendió que, en el argot rimado de las mujeres, velero era el dinero que enviaban de vuelta a China; grito era un teléfono; cuervo era extranjero ilegal y Andy era la poli.

Un hombre con gafas de espejo y un dragón en la muñeca les trajo un paquete de compresas. Al jefe le encanta la música, dijo. Todo lo que hago, lo hago por ti. ¿Conocéis la canción?

Una vez, cuando Sophia no estaba, Zou Lei dejó entrar a la camarera del motel y le preguntó de dónde era y qué tal estaba su trabajo.

De Honduras, respondió la camarera, que llevaba una cruz tatuada en la mano. Tendrían la misma edad.

Zou Lei corrió al baño, salió con las toallas húmedas y las metió en el cesto de la ropa sucia. La chica hondureña sonrió y dijo gracias.

¿Y tu trabajo? ¿Ganas dinero con trabajo?, preguntó Zou Lei.

No, no mucho. Poquito dinero. ¿Tienes papeles?

No.

Las dos se echaron a reír.

María le enseñó a dar la mano. Zou Lei le enseñó el anuncio del periódico *Sing Tao* que afirmaba que podían comprarse números de la seguridad social.

Llamando a una puerta de acero, consiguió un trabajo de ocho horas al día que consistía en introducir platos de embrague dentro de cajas de cartón, el empleo mejor pagado hasta la fecha: nueve dólares la hora, menos impuestos. A la hora del almuerzo comía arroz y pavo de una fiambrera mientras los americanos, vestidos con ropa de trabajo y pañuelos en la cabeza, hacían cola ante la furgoneta de comida. Siempre llevaba todo su dinero encima, en un cinturón pegado al cuerpo; también el móvil y el documento de identidad falso, aquello que no podía perder.

Un día de mediados de otoño, entró en una tienda de comestibles y la arrestaron al salir.

Tranquila. ¿Llevas algo en los bolsillos? ¿Algo afilado? Bien. Tranquila. Un hispano vestido con un jersey de fútbol americano le levantó los brazos y, sin mirarla, le volvió los bolsillos del revés. Le desabrochó el cinturón que llevaba pegado al vientre y se lo entregó a un tipo armado con una pistola semiautómatica bajo la sudadera. Zou Lei acababa de cobrar el cheque de su paga en la tienda y siguió el cinturón con los ojos. ¿Necesitas un traductor? Estás muy nerviosa. Cálmate, ¿vale? Tranquila, ¿de acuerdo? ¿Hablas español? ¿Qué eres, chinita? ¿Tú vienes de China?

¿Por qué no he echado a correr?, pensó Zou Lei.

La cachearon y le quitaron el dinero. La esposaron con unas bridas y la metieron en una furgoneta con un detenido salvadoreño. El proceso duró toda la tarde. Hola, mami, ¿eres tímida? Allí había chinos, camboyanos, guatemaltecos. La llevaron a una celda de cristal con suelo de cemento, un banco de acero inoxidable y fluorescentes en el techo. Otras chicas entraron y salieron durante la noche, hasta que la trasladaron. Se frotó las marcas que le habían dejado las bridas en las muñecas.

Una chica blanca con el rímel corrido le dijo: Será mejor que estos cabrones me suelten antes del cumpleaños de mi